

ONORIO FERRERO (1908-1989)

Onorio Ferrero vino a nuestra Universidad a enseñar historia. Durante años su figura y su presencia hicieron escuela entre nosotros. Enseñó historia y filosofía en la Facultad de Letras, en el Instituto Riva-Agüero, en Derecho, en Educación, en Periodismo, y en otras unidades académicas de la Universidad Católica. Fue Decano de Letras, y participó activamente en la vida universitaria. Generaciones de estudiantes vimos en él al profesor erudito, capaz de abrir horizontes insospechados a sus alumnos, dentro y fuera del aula; también tuvimos en él al amigo, al colega que supo ser maestro. Escribió poco, hizo de la palabra un magisterio; podía hacer comprender a cualquiera que la enseñanza era producto de profunda investigación. Aprendimos a seguirlo, obsesionados por los intrincados vericuetos de la experiencia histórica, pero también aprendimos de él que la historia no era un mecanismo, sino una atrayente aventura intelectual.

De formación filosófica originaria, había hecho una tesis doctoral sobre Plotino. Se movía entre los clásicos con auténtica altura, si bien su dominio de la historia y la historiografía europeas era extraordinario. Con él aprendimos que la historia era multifacética: no puedo olvidar una clase, hace muchos años, cuando nos hizo ver las diferencias entre las versiones griega y persa sobre las guerras médicas. Entonces, muchos de nosotros pudimos comprender que el testimonio histórico es relativo, y que su comprensión requiere de muchas y diversas aproximaciones.

Interesado desde joven en las culturas orientales, se había aproximado a la historia de las religiones con Georges Dumézil, Raffaele Pettazzoni y Giuseppe Tucci; admiraba a Benedetto Croce y a Jakob Burkhardt. Sus clases de Historia de la Cultura hicieron época; llevaba a través de ellas a sus estudiantes a la comprensión del mundo greco-latino, al mundo medieval, al Renacimiento y al Siglo de las Luces, pero añadía permanentemente una serie de enfoques comparativos con las sociedades orientales, y así ingresaban a las clases de sus muchas veces atónitos alumnos del primer año de Letras, el pensamiento védico, los gnósticos o el Islam. Veíamos las Cruzadas como un fenómeno complejo que encerraba múltiples intercambios culturales, entendíamos el feudalismo en comparación con el universo mediterráneo no europeo. Así, en manos de Onorio Ferrero, la enseñanza de la historia era una permanente apertura hacia otros mundos; quizás por ello nos enseñó a desconfiar de los fanatismos, y predicaba una fuerte desconfianza frente a cualquier dogmatismo. El mundo debía de ser una sociedad abierta.

Sus últimos años los pasó entre nosotros, descargado de muchas tareas académicas, pero nunca de la que siempre consideró más importante: el diálogo permanente con sus alumnos de muchos años, a los que benefició con su amistad. Hoy nos congregamos en su memoria y homenaje.

Franklin Pease G.Y.